PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES»

FUSILADOS

RECUERDO HISTÓRICO

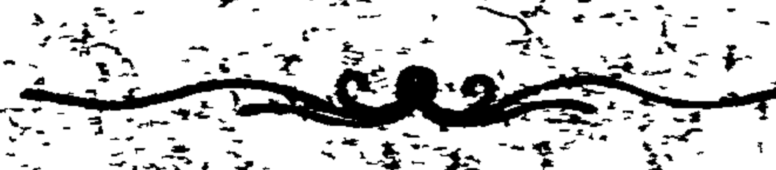
DE LA

PRIMERA CAMPAÑA DE CUBA EN 1869

POR

D. RAMÓN DOMINGO DE IBARRA

Coronel de Estado Mayor.



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

San Lorenzo, 5, bajo.

1904

FUSILADOS

PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES»

FUSILADOS

RECUERDO HISTÓRICO

DE LA

PRIMERA CAMPAÑA DE CUBA EN 1869

POR

D. RAMÓN DOMINGO DE IBARRA

Coronel de Estado Mayor.



MADRID
IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
San Lorenzo, 5, bajo.

1904

FUSILADOS

Llevábamos cerca de cuatro meses acampados, ocupando entre los dos batallones de mi regimiento las hermosas posesiones de San Ramón y Javaco, separadas, á muy corta distancia, por el famoso río de Bayamo, ambas convertidas en pequeños poblados con amplios barracones de palma para la tropa y bohíos para la oficialidad, caprichosamente agrupados en derredor de la casa de vivienda fortificada, y que habitaban los jefes.

Nuestra misión debía ser mantener limpia de partidas ó de campamentos permanentes del enemigo una extensa zona limitada al Norte por el Cauto, traidor y poético río, el mayor de Cuba, casi todo el año navegable para goletas en aquella parte, y siempre de muy difícil paso para la infantería.

Al obscurecer regresaban las distintas fracciones de reconocimiento, que diariamente prestaban el servicio de exploración al mando de oficiales, y era raro el día que no acusaba novedad la que había estado en las orillas del río, desde Cauto el Paso hasta las Vueltas y las Coloradas, donde casi siempre se cruzaban, por lo menos, algunos disparos con las avanzadas de los insurrectos, posesionados de la orilla derecha hacia Holguín y Tunas.

Un día, en el Níspero, ocurrió un pequeño combate, algo más formal, porque una partida enemiga había pasado á nuestra

orilla, y se organizó una batida en revancha, formándose la columnita con dos compañías y la sección de dragones, como llamábamos entonces en el regimiento de España al embrión de lo que más adelante constituyó la guerrilla montada de cada batallón.

Tres días estuvimos al otro lado del Cauto, destruyendo estancias y rancherías recién abandonadas, techados para centinelas y trincheras de vigilancia sobre la misma orilla, en los puntos dominantes, sin disparar un solo tiro, y únicamente de lejos vimos los seres humanos que poblaban aquella región, huyendo espantados de nuestra presencia. Fué muy productivo el merodeo en aquella jornada, y el cuarto día, después de la siesta, repasamos el río por Las Bocas, confluencia del Cauto y el Bayamo, por una peligrosa barra en zig-zag, con agua casi hasta el cuello.

Yo iba mandando la escuadra de mi compañía, que formaba la extrema retaguardia, llevando, como cadete en prácticas que era, y á pesar de mi sobre-grado de teniente, al hombro mi sendo fusil, que casi pesaba más que yo; pero sólo tenía 15 años, y á esa edad no hay fatiga que nos rinda ni pena que nos ahogue.

Establecí el servicio de punta, con vistas al campo enemigo, por gente de toda confianza, y me situé en un punto elevado de la orilla para divertirme con el paso de nuestra improvisada impedimenta: caballos y mulos cerreros, lechones, chivas, profusión de toda clase de aves, grandes líos de ropas y hasta muebles traían los soldados, y era de ver las mil artes que empleaban para lograr ponerlos relativamente en salvo; hubo un gran grupo de ellos, en el que figuraban muchos asistentes, que fabricaron con cuatro taburetes de cuero y algunas tablas, entre ellas un gran trozo de la cubierta de un piano, donde aún se veía parte del elegante candelabro, una especie de balsa que alcanzó el puerto sin mayor detrimento, convertida en nueva Arca de Noé. Tiraban unos con cuerdas y guiaba la nave un colosal gastador, que al mismo tiempo blandía orgullosamente por encima de su cabeza un violín y otro bulto con cacerolas, un guallo, dos guitarras, un tiple del país y otros objetos que chocaban despiadadamente entre sí, produciendo extrañas lamentaciones.

Ví correr á lo lejos unos cuantos caballos; oí gritos y observé algún movimiento en la columna; pero toda la excitación me pareció más de regocijo que de alarma, y como era á vanguardia no me preocupé gran cosa de lo que podía haber ocurrido. Luego me enteré de que la exploración había hecho tres prisioneros: dos de ellos blancos, sorprendidos castrando descuidadamente una colmena, con el centinela, negro, colocado precisamente en dirección contraria á la que traíamos, pues de fijo no imaginaban vernos llegar por ese rumbo. Les habían cogido dos magníficos rifles, dos buenos machetes de media cinta, un cuchillo de caza, tres caballos de silla y un mulito cargado.

Dejé una clase con cuatro buenos nadadores, de emboscada, con orden de retirarse á una señal convenida de mi silbato, y pasamos el río los demás; cuando, á poco rato, me encontré en el camino al capitán de mi compañía, quien me hizo entrega de los tres insurrectos, sujetos con cuerdas, de las que eran llevados por tres de los nuestros.

Antes de abandonar la orilla del Cauto, me dijo en voz baja: Hay que matarlos; esa es la orden que tengo del comandante. Con una seña llamé á Maraver, gastador de mi compañía, la 1.ª del 1.º, de reconocido valor y práctica, convertido espontáneamente en asistente mío, y que era para mí la cariñosa sombra del madgyar, quien, reuniendo en una sola mano las tres cuerdas, atravesó su fusil en bandolera, desenvainando el machete con gesto y actitud muy expresivos. Cubierto el servicio hice la señal de retirada, y mientras se incorporaba la punta, desde la otra orilla, sentado en un ribazo, frente á ellos, me puse á observar el grupo de mambises á quienes debía dar muerte.

Era el principal hombre de aventajada estatura, de poco más de 40 años, de espesa barba y hermosos ojos negros. Por encima de su ropa, modesta y destrozada, asomaba un aire de distinción que denotaba ser persona de buena crianza, y la natural arrogancia de su figura no bastaba á ser obscurecida por el calzado de baqueta, la falta de camisa, la cabellera descuidada, ni lo tostado de aquellas manos y aquella faz, vuelta á mí á la sazón, con inteligente y angustiosa mirada. Tenía á su lado, y abrazaba nerviosamente, al joven compañero de infortunio, es-

belto adolescente de simpática y atractiva presencia, que representaba á lo sumo 14 años. A pesar de la notable diferencia entre sus facciones, había entre ambas personas un no sé qué de semejanza que desde luego permitía asegurar que eran padre é hijo; el joven, rubio y fino, se estrechaba amorosamente contra el otro, sin señal alguna de temor; parecía, por el contrario, que trataba de darle ánimo, y así debía ser á juzgar también por sus gestos y por el tono de las palabras que confusamente llegaban á mi oido. A los pies de ambos, casi abrazado á sus rodillas, estaba un viejo y atlético negro, con la cara entre las manos y sollozando desesperadamente.

¡Extraño contraste! En la dura mirada del hombre se bebían el odio y el rencor; la dulce y noble actitud del hijo nos envolvía, en cambio, en una atmósfera de simpatía y de respeto, y sólo conmiseración pedían aquellos ojos azules, grandes y serenos, que iban constantemente de su compañero á mí y al humilde negro, á quien de vez en cuando acariciaba con la voz, tratando, sin duda, de consolarle.

Apenas se percibía el rumor distante de la columna en marcha; serían las cuatro de la tarde, y la fuerza del sol se amortiguaba bastante al atravesar la espesa capa de vegetación que cubre las fértiles márgenes de aquel río memorable; oíamos el sentido arrullo de las tojosas, que volvían á sus nidos, momentáneamente abandonados á causa de nuestro ruido, y todo ese conjunto de armonías melancólicas que se escuchan siempre á las inmediaciones del Cauto, invitando á la tristeza y aun al terror en los espíritus supersticiosos. Mi imaginación vagaba muy lejos, y, sin querer, se me representaban escenas conmovedoras de un hogar querido, contemplando aquellas tres figuras humanas que bien pronto iban á desaparecer del mundo de los vivos, y que dejaríamos allí, debajo de las palmeras y á la sombra de la exuberante seiba que tantas veces les habrían visto pasar alegremente, para que fuesen pasto de las auras.

Juntos todos ya, me incorporé de un salto sacudiendo imágenes fantásticas y dí enérgicamente la orden de marcha: con sorpresa ví que la dirección de la columna no era la de nuestro campamento, sino que continuaba por la trocha, ancha y despe-

jada, que nuestro frecuènte tránsito había trazado paralela á la corriente; al parecer íbamos á Cauto el Paso, y por aquellos terrenos nada teníamos que temer tampoco, sobre todo yendo reunida tanta fuerza como constituía aquella tarde la expedición.

Volvió la cabeza mi prisionero y á una señal suya me acerqué, marchando al lado del jòven. Señor, me dijo el otro, ya sé que nos van á matar y por mí no tengo miedo; pero yo quisiera suplicarle, y se lo ruego por lo que más ame en el mundo, que me dejen hablar con el jefe de esta fuerza. No me ha querido oir, y yo estoy seguro de que si me oyese no se ensañaría con dos inocentes. Este niño, señalando á su hijo, no tenía armas, ni nunca las usa, ni él se ha batido, como yo, contra ustedes. Está en el campo por compromiso, por no abandonar á su padre que soy yo; yo, que le arrastré con engaño y á la fuerza.

Al decir estas palabras con vibrante voz, ahogada por la emoción, las lágrimas se agolpaban á sus ojos; después, mirando al negro, añadió con amargo y suave tono: este ha sido mi esclavo siempre; fué el guardian de mi niñez, pero tampoco está aquí por su gusto; no tiene más ideas políticas que el cuidado de su amito, mi hijo, que es su ídolo; con él ha venido y á su lado está constantemente, y sólo para defenderle á él sería capaz de tomar las armas y dejarse matar cien veces. Es un negro bueno y fiel, incapaz de hacer daño á nadie.

Usted, señor, que es un caballero, prosiguió animándose, comprenderá que es horrible mi situación. Hágalo, por su madre; que no mueran estos dos inocentes. Mi hijo sobre todo, señor, que es un niño, como usted, todavía, y además, él, se lo digo con todo el dolor de mi alma, y se lo juro como cristiano en la hora de la muerte; él es español como su madre, á pesar de todos los esfuerzos que yo he hecho para que renegase de su sangre goda.

Este discurso, entrecortado por sollozos y suspiros, y dicho con balbuciente anhelo, lo oía yo con interés creciente, y al mirar alternativamente á cada uno de los protagonistas, iba adquiriendo la evidencia de su veracidad.

Papá, dijo el joven; este caballero no tiene necesidad de saber ciertas cosas, ni él podría faltar á su deber; ya sabes que no

soy cobarde, y bendeciré la muerte muriendo contigo. No pidas perdón aquí, que ya nos perdonará Dios en el cielo. Si vamos á morir, señor, añadió dirigiéndose á mí, le suplico que sea pronto, y sólo le pido la gracia de que no nos dén machete.

Era mucho hombre aquel niño: él, el menos culpable de los tres; él, que había sacrificado su patriotismo, quizá el amor de su madre, para no abandonar en el peligro al autor de sus días, fanático de la causa insurrecta; él, que apenas había comenzado á vivir, era el que con mayor estoicismo miraba venir la injusta muerte. Y ya estaba cerca su última hora, porque al llegar á un crucero conocido había yo visto en lontananza nuestros exploradores de vanguardia que torcían á la izquierda, abandonando el río Cauto con dirección al campamento, sin duda, para no llegar de noche; dentro de media hora, todo lo más, iba á tener que dar cumplimiento á la fatal sentencia.

Ni una sola palabra pronuncié, sintiendo pesar sobre mi alma y sobre mi conciencia la afligida mirada de aquel hombre desgraciado, cruel y miserable, y, á la vez, noble y valiente; fuíme quedando algo detrás del grupo, y, sin darme cuenta exacta de lo que hacía ni de qué pensaba, llamé á Capelli, el barbero de la compañía, veterano reenganchado perpetuo que me había visto nacer, siendo asistente de mi buen padre, y que, con Masarez, constituía mi escolta de honor permanente.

Nunca consintieron que yo vadease un río, y aún contra mi voluntad, ya uno ú otro, ó ambos á la vez, según convenía, sin que yo me diese cuenta de ello muchas veces, me sentía suspendido y transportado á través de las corrientes, en los pantanos, en todos los malos pasos, ellos cuidaban de que las ramas de los espinos no me ofendiesen el rostro, y nunca faltó el mejor bocado del día en la modesta mesa del cadete, ni el mejor sitio para su hamaca en el vivac, cuidadosamente resguardado por una techumbre de yagua ó guano. Tenía que hacerme el distraido algunas ocasiones cuando en el combate procuraban interponer su cuerpo entre el mío y el enemigo, pensando así librarme de las balas, y jamás faltaron de mi lado en los momentos supremos del ataque á la bayoneta. Difícil será que se me olvide el día en que, en Bayamo, cuando, después de mi ascenso y de un largo

ataque de paludismo, recibí órdenes de marchar á la Habana, me pidieron humildemente y como favor inapreciable el retratarse conmigo, en artístico grupo que representaba el momento en que, acabada la comida, me tendían la hamaca.

Vosotros dos, dije á Capelli, irse quedando atrás con los presos; los demás, añadí en voz alta, seguir despacio, y en el primer sabanetón esperarme. Pasó el sargento Palomo con la última pareja, y ya éra tiempo: en el brusco recodo del camino estaba otra vez el capitán que, al verme, solo me hizo la indicación con la mano del sitio en que dejábamos el río, y, mirando á los prisioneros, un movimiento rápido de arriba abajo, que yo interpreté, asistiendo con la vista fidelísimamente; también debieron notarlo los infelices, porque instantáneamente el padre y el negro se hincaron de rodillas á mis plantas, y el terror agitaba convulsivamente el pecho de aquel niño heroico que, sin embargo, permanecía de pié mirando tristemente á sus dos compañeros.

Mi amo, po Dió; no mata la niño Panchito, exclamaba el pobre negro aterrado en su jerga castellana; *mira su mesé que no tá sureto. Mata mi solo, que zon viejo.* El otro no decía nada; trataba en vano de juntar sus manos suplicantes para implorarme, y era tal su lividez y el terrible aspecto de su cara que no se borrarán en la vida de mi recuerdo. De su garganta se escapaba una especie de ronquido gutural, mirándome á mí y á su hijo, en forma que era todo un poema.

En menos tiempo del que se necesita para pensarlo, corté con mi cuchillo la cuerda que oprimía los brazos del niño y le dije resueltamente: Vete pronto; estás libre—pero no se fué. Apenas se sintió aliviado de sus ligaduras se abalanzó frenético á su padre, llenándolo de besos y de lágrimas, mientras el negro con la boca entreabierta y con la misma cara que deben tener los santos en el cielo, le decía bajito: *Vete mi niñito; juye corazón,* con ternura infinita.

No puedo, señor teniente, me dijo llorando aquella criatura; no me voy.

Vete, repetí yo con impaciencia; vete pronto, y dile á tu madre que yo te he perdonado en memoria de la mía.

Fué mágico y singular el efecto de aquellas palabras: al sentir invocado el nombre de su madre, el niño se irguió fieramente y sus grandes ojos se pasearon despacio por todos los lugares de tan lúgubre escena, como si quisieran grabarla indeleblemente; me miró de un modo que hizo flaquear mis piernas y latir mi corazón más precipitadamente, lo juro ante Dios, que al arrostrar el fuego enemigo; yo bien sabía lo que demostraban aquellos ojos suplicantes, y hubo un momento, lo confieso avergonzado, en que estuve á punto de hacer traición á mi bandera libertando á dos enemigos prisioneros con las armas en la mano y que recibí con orden de fusilar; pero me rehice pronto, y tragándome las lágrimas, con un nudo en la garganta que no me permitía articular palabra, bajé la cabeza apartando mi vista de la suya y le señalé con el brazo el camino que debía seguir.

Lentamente abrazó y besó de nuevo á su padre con tierna efusión; dió un beso en las pasas canosas que orlaban la cabeza del negro venerable, y arrancó decidido, sin volver la cabeza, diciendo al pasar por nuestro lado, en alta voz con los ojos preñados de lágrimas: Gracias, gracias ¡viva España!

Era mi mejor recompensa.

ESTUDIOS MILITARES

REDACCIÓN.

Se consideran colaboradores todos los oficiales del Ejército.

Los artículos que se remitan para su publicación deberán ir firmados por sus autores, que responden de su contenido. La REVISTA se reserva el derecho de publicarlos ó no, y en el primer caso hará una impresión separada, de la que se entregará, gratis, al autor 100 ejemplares: para mayor tirada los interesados abonarán el importe.

Todo subscriptor tiene derecho á elegir en la sección extranjera de la *Revista de la prensa* el artículo que le convenga conocer en español, cualquiera que sea el idioma en que esté publicado. Cuando el trabajo pedido esté inserto en publicaciones que no autorizan las traducciones se harán extractos ó resúmenes de lo más importante.

ADMINISTRACIÓN.

Los ESTUDIOS MILITARES se publicarán *mensualmente* en cuadernos de cinco ó más pliegos (80 páginas como mínimum), con los planos, grabados y láminas que el texto requiera.

A cada número corresponderá uno ó dos pliegos de *Biblioteca*, que para mayor comodidad del subscriptor se distribuirán por tomos encuadernados en rústica al terminar su publicación.

Los seis cuadernos de cada semestre formarán un tomo de más de 480 páginas, y los dos tomos del año podrán encuadernarse juntos con las elegantes tapas alegóricas, *regalo* de esta REVISTA únicamente á los subscriptores pertenecientes al Ejército español.

El plazo mínimo de subscripción será de *seis meses*, pagaderos en plazos trimestrales adelantados. A las Bibliotecas de cuerpos y dependencias se les podrá servir la subscripción, si así lo desean, en tomos semestrales encuadernados en rústica.

Las reclamaciones de números extraviados deberán hacerse en el término de un mes en la Península y tres en el Extranjero, á contar de la fecha de su publicación.

No se da de baja á ningún subscriptor, ni se varía la dirección sin previo aviso.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	MILITARES			NO MILITARES	
	Trimestre	Semestre.	Año.	Semestre.	Año.
Península é islas adyacentes.....	4 ptas.	8 ptas.	16 ptas.	10 ptas.	20 ptas
Extranjero (países de la Unión postal).........................	» »	10 »	20 »	12 »	24 »
Tapas para la encuadernación...		1'25 ptas.		2 ptas.	

Toda la correspondencia debe ser dirigida á D. Casto Barbasán, *Escuela Superior de Guerra*, Madrid.